

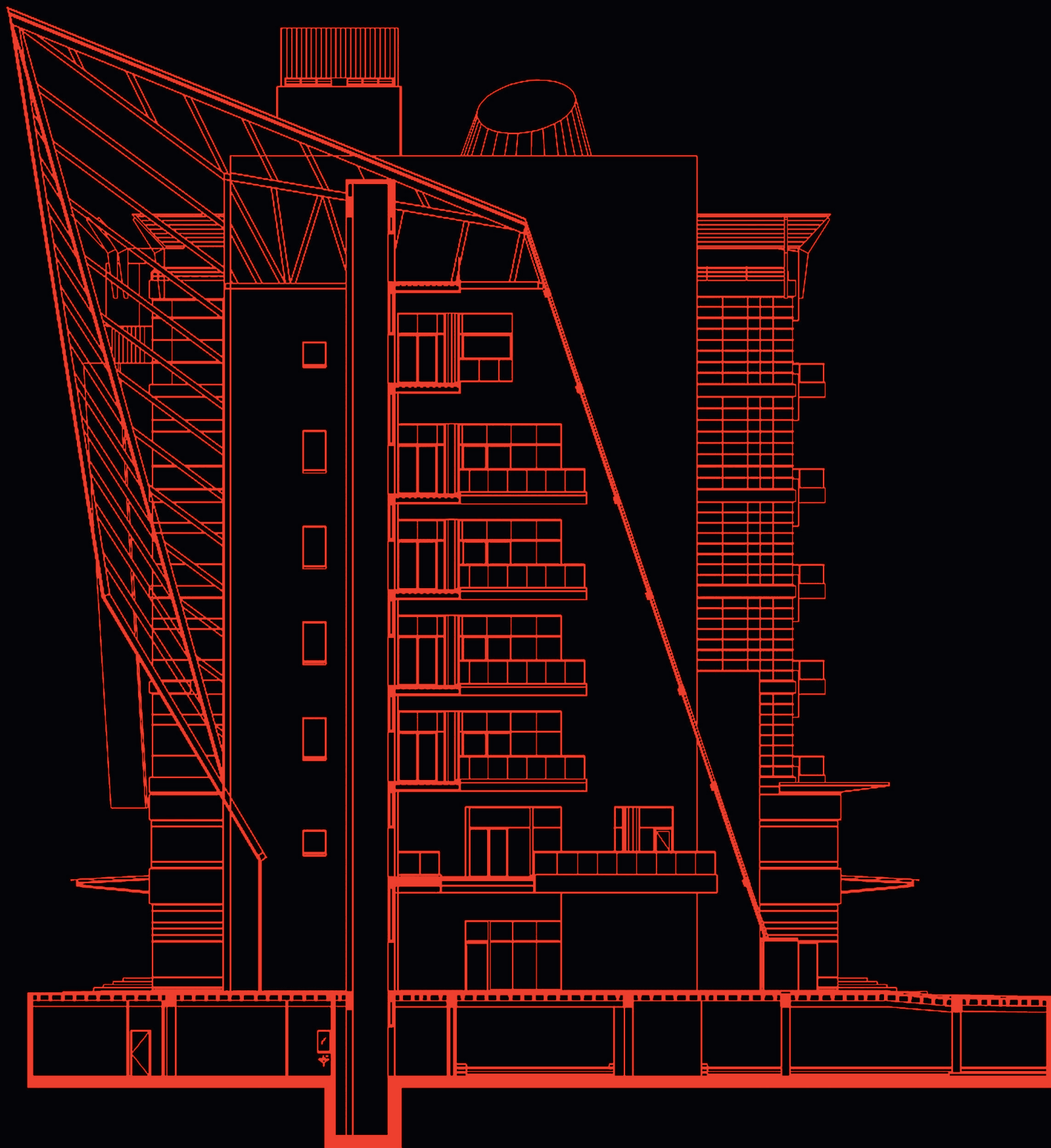
 arquitectos



O
II
e
u

 mallol
mallol

ediciones
gamma



 arquitectos



o
i
e
m

Ignacio Mallol Tamayo
Arquitecto

Publicado en la República de Panamá
por Ediciones Gamma S.A.

Gustavo Casadiego C.
Gerente General

ISBN: 9962-00-135-8

© IGNACIO MALLOL TAMAYO

EDICIÓN

Hernán Santos

ANTEPROYECTO EDITORIAL

Ricardo Sánchez
Enrique Franco

FOTOGRAFÍA

Alfredo Maiquez
Rodolfo Aragundi
Enoch Castillero
Elena Badrutt
José Manuel González
Hernán Santos

PRODUCCIÓN

Hernán Santos
José Manuel González

TEXTOS

Rolando Gabrielli
Silvia Vega Esquivel

COORDINACIÓN COMERCIAL

Elizabeth Pinzón

ASESORÍA EN PREPrensa

William Rodríguez A.

IMPRESIÓN

Panamericana Formas e Impresos S.A.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

MALLOL arquitectos

© Ignacio Mallol Tamayo 2007

imallol@sinfo.net

www.mallolimallol.com

Primera edición: marzo de 2007

Permitida la reproducción parcial de esta obra,
siempre y cuando se cite la fuente y no sea para usos lucrativos.



9	Prólogo
14	La arquitectura en Panamá: Dos siglos
16	Evolución de la nueva arquitectura panameña, 1970 - 2007
20	Introducción a un sueño
22	Proyectos
252	Diseño interior
274	Biografía
292	Otras obras y proyectos



Casco Viejo, Ciudad de Panamá
Ilustración de Antoine Predock.



A MANERA DE PRÓLOGO

Carta a Ignacio Mallol III

He pensado una, cien veces, que no tengo nada de formal para escribir el prólogo de tu libro, porque las palabras no dicen todo lo que uno quisiera, dejan atrás el aire, el deseo, la felicidad. Sin embargo, te escribo esta carta que puedes usar como prólogo, porque la arquitectura es el sentimiento que recoge la palabra de un amigo y cómplice de un oficio excepcionalmente único.

Van Nash

Estimado Nacho,

Iniciar una carta a un amigo desde una ciudad que inventó el futuro, me hace sentir una nostalgia real por ciudad de Panamá, la que dejé como una pequeña, blanda y transparente burbuja.

Parece que hoy nadie está a gusto en ninguna parte, pero la labor de un arquitecto es seguir construyendo felicidad, armonía, espacios vitales, sueños donde habitar un mundo mejor. Roma no se hizo en un día, porque la eternidad es para toda la vida.

Nueva York, tú lo sabes, se eleva sobre sus propias sombras y nos sigue asombrando con energía de niña mimada de todos los tiempos. Aunque una telaraña se concluye, siempre va mudando a diferentes sitios y en distintas formas en una espiral sin fin, porque las arañas son verdaderas arquitectas de su espacio. El tiempo se expande en su memoria y los sueños son la arquitectura que construimos a diario.

Doy un vistazo a estos años y sostengo que existen amistades como ésta, cimentada con materiales a prueba del tiempo, y comparto el sueño de envejecer en este oficio, que nos enseña no sólo a construir, sino a vivir, a compartir y disfrutar con los demás, la notable aventura humana en un mismo espacio.

La arquitectura, amigo, es como una conversación sin fin; se abre una ventana o una puerta, el espacio crece y también el silencio es un lenguaje de paredes que caen y se vuelven a levantar. En estos tiempos sin tiempo, en que todo es posible, la amistad nos acompaña como una recurrente taza de café, la naturaleza urbana que nos rodea, los detalles que hacen grande cualquier escenario.

En el tintero nunca se agota nuestro aprendizaje y podríamos seguir trazando un mundo en el imaginario de paralelas que nunca se juntarán. La arquitectura debe hacer ese milagro, la forma que encuentra

su espacio único, adecuado. Aquí sólo me rodea un humeante café; frente a los cristales de estos grandes ventanales que me sorprenden ahora, hojeo *The New York Times*, y concluyo que la arquitectura es belleza de lo cotidiano.

Es una frase tuya, por lo demás, y la suscribo, cuando veo el *Turning Torso* de Calatrava, la torre azul de aluminio y cristal, que nos devuelve la sensación real de que la arquitectura es arte, y todo lo demás técnica, oficio, el placer de lo nuevo.

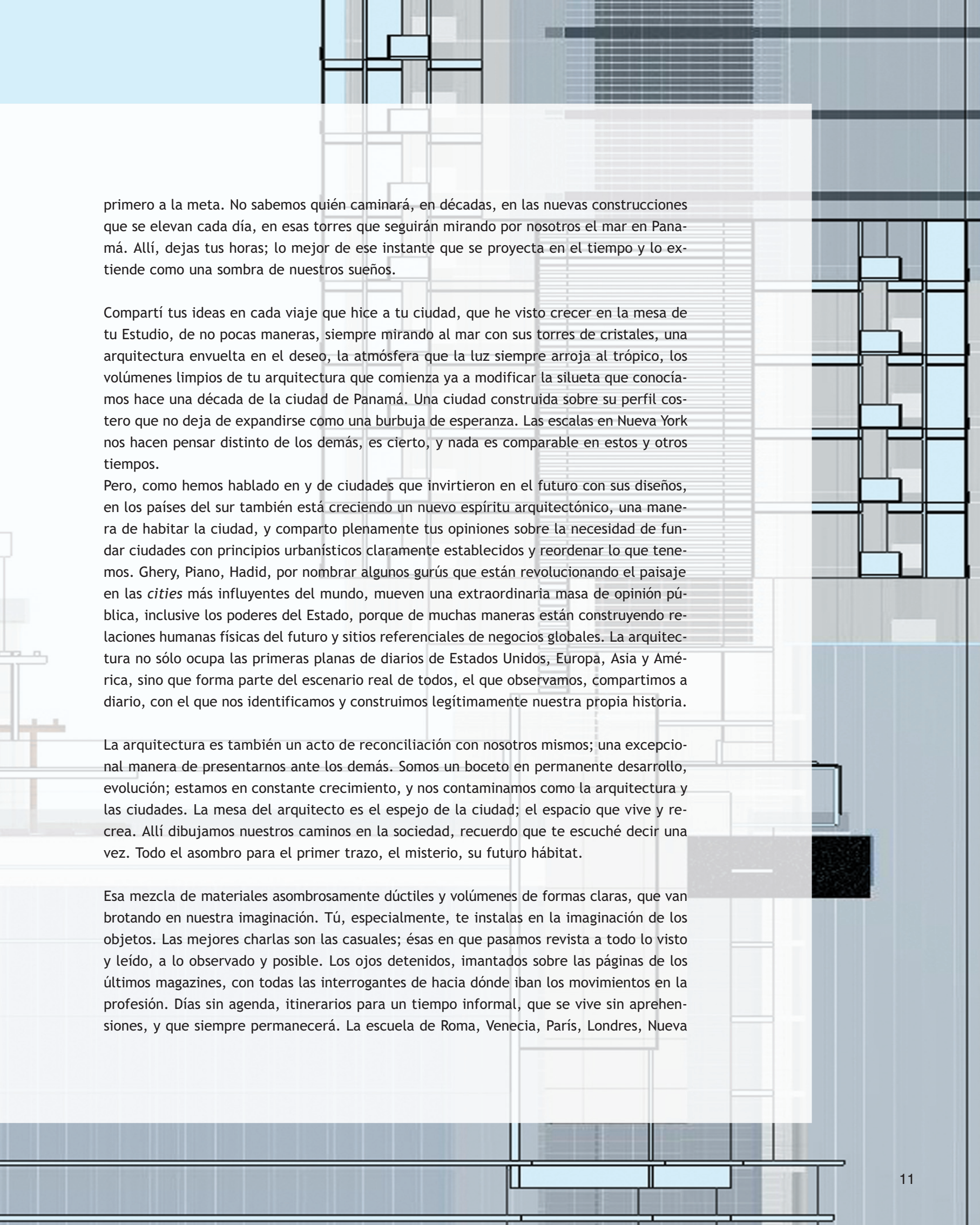
Tanto futuro en la realidad, como un rascacielos al alcance de los sueños.

La arquitectura tiene la rara virtud de la magia, siempre va un poco más allá, porque la belleza no tiene límites. La belleza cumple una función cuando es arquitectura. El torso humano erigido en un puerto en la ciudad sueca de Malmö, es profundamente sugestivo, contemporáneo, universal, en la tradición del futuro. ¿No te parece, Nacho? Y el torso gira, es humano, flexible, transparente, habitable, como un guante desprendido frente al mar.

Las estructuras son estéticamente viables. No hay altura, ni tiempo, sólo espacio. No es como el primer día; tampoco estamos en el paraíso, sin límites en el espacio, pero la creatividad, la tecnología, los nuevos materiales, el arte, transforman el espacio con un diseño posible. Cuántos millones de personas en el mundo estarán disfrutando esta imagen, que sólo es arquitectura.

Te escribo, más que para recordar, aunque la memoria trabaja independientemente, para estar presente en este viaje que la arquitectura reconstruye en las palabras, los proyectos y los sueños en la ciudad que habitamos. Un libro es memoria, pasado, presente; pero yo diría que se escribe, testimonia, documenta, crea, para el futuro. Es como una casa: una vez construida, ya no nos pertenece, pero otros se favorecerán con su uso y lecturas, reafirmando sus propias convicciones. La ciudad nos recoge y esparce como una burbuja; nos disemina o concentra en algún punto de su geografía. Se construye desde una nueva mirada, donde lo distinto somos nosotros mismos, en este afán de búsqueda, propio del arte, que sólo concluirá si el hombre desaparece de la faz de la Tierra. No dejo de pensar en todo el pasado que hemos vivido y construido y lo que aún nos queda por hacer en el porvenir. Somos polvo enamorado, dijo Quevedo, y con él construimos estrellas, digo yo, nuestras casas, aquí en el espacio donde hacemos la vida y amamos.

Cuando hablamos en Milán, la ciudad que tal vez te hizo arquitecto para siempre, acerca de tu libro por primera vez, tuve la certeza de que era un proyecto, más que necesario, impostergable, para pulsar el camino recorrido, porque en arquitectura todo termina siendo huella e irremediamente futuro. Cada paso tiene un eco; a veces tarda en el tiempo que sea escuchado, pero siempre alguien estará para vibrar con lo nuevo, porque la vanguardia tiene alas de cóndor y no sólo la velocidad nos hace llegar



primero a la meta. No sabemos quién caminará, en décadas, en las nuevas construcciones que se elevan cada día, en esas torres que seguirán mirando por nosotros el mar en Panamá. Allí, dejas tus horas; lo mejor de ese instante que se proyecta en el tiempo y lo extiende como una sombra de nuestros sueños.

Compartí tus ideas en cada viaje que hice a tu ciudad, que he visto crecer en la mesa de tu Estudio, de no pocas maneras, siempre mirando al mar con sus torres de cristales, una arquitectura envuelta en el deseo, la atmósfera que la luz siempre arroja al trópico, los volúmenes limpios de tu arquitectura que comienza ya a modificar la silueta que conocíamos hace una década de la ciudad de Panamá. Una ciudad construida sobre su perfil costero que no deja de expandirse como una burbuja de esperanza. Las escalas en Nueva York nos hacen pensar distinto de los demás, es cierto, y nada es comparable en estos y otros tiempos.

Pero, como hemos hablado en y de ciudades que invirtieron en el futuro con sus diseños, en los países del sur también está creciendo un nuevo espíritu arquitectónico, una manera de habitar la ciudad, y comparto plenamente tus opiniones sobre la necesidad de fundar ciudades con principios urbanísticos claramente establecidos y reordenar lo que tenemos. Ghery, Piano, Hadid, por nombrar algunos gurús que están revolucionando el paisaje en las *ciities* más influyentes del mundo, mueven una extraordinaria masa de opinión pública, inclusive los poderes del Estado, porque de muchas maneras están construyendo relaciones humanas físicas del futuro y sitios referenciales de negocios globales. La arquitectura no sólo ocupa las primeras planas de diarios de Estados Unidos, Europa, Asia y América, sino que forma parte del escenario real de todos, el que observamos, compartimos a diario, con el que nos identificamos y construimos legítimamente nuestra propia historia.

La arquitectura es también un acto de reconciliación con nosotros mismos; una excepcional manera de presentarnos ante los demás. Somos un boceto en permanente desarrollo, evolución; estamos en constante crecimiento, y nos contaminamos como la arquitectura y las ciudades. La mesa del arquitecto es el espejo de la ciudad; el espacio que vive y re-crea. Allí dibujamos nuestros caminos en la sociedad, recuerdo que te escuché decir una vez. Todo el asombro para el primer trazo, el misterio, su futuro hábitat.

Esa mezcla de materiales asombrosamente dúctiles y volúmenes de formas claras, que van brotando en nuestra imaginación. Tú, especialmente, te instalas en la imaginación de los objetos. Las mejores charlas son las casuales; ésas en que pasamos revista a todo lo visto y leído, a lo observado y posible. Los ojos detenidos, imantados sobre las páginas de los últimos magazines, con todas las interrogantes de hacia dónde iban los movimientos en la profesión. Días sin agenda, itinerarios para un tiempo informal, que se vive sin aprehensiones, y que siempre permanecerá. La escuela de Roma, Venecia, París, Londres, Nueva

York, Milán, historia bajo los puentes, castillos e iglesias medievales, góticas, el espíritu del arte arquitectónico detrás de los siglos, hacia el futuro. Recuerdo que nos detuvo el tiempo, como dijiste, Nacho, y si todo esto no fuera cierto, habría que inventarlo. Después, comentaste que la arquitectura era tu sangre. Me acordé de aquellos días en que recorrimos Boulder (Colorado), en esa máquina desbordante de felicidad; días de otoño limpios de irreverente aprendizaje. Es un pacto solemne, natural, despojado de todo ritual, pero indudablemente una sagrada ceremonia que se irá cumpliendo en el camino.

La arquitectura somos nosotros mismos, Nacho, no sé cuándo, ni cómo te comenté esto, pero reíste. Fue en Colorado. No habías hecho nada concreto aún en ese tiempo, medible en el terreno, una obra real en la superficie. Respirábamos hondo en Boulder, entre pinos y montañas, y dejábamos que la nieve borrara un paisaje no construido.

La geografía tiene su propia, inamovible arquitectura, y nos abre sus espacios para estar, compartir, embellecer, esos movimientos que nos traza el diseño. En una carta no podemos expresar todo, condensar el tiempo recorrido, visitado, atravesar con un alfiler el cosmos de lo humano y divino. Me he detenido en tus trabajos y proyectos. Voy en un vuelo a Praga, ciudad que no conozco. Imperdonable. Una ciudad con un circuito propio. Kafka la llamaba su madrastra; la belleza no es igual para todos.

El inefable Franz atravesaba en un bote el río Moldava bajo su hermoso puente y sostenía el mundo con sus remos en unas cuantas palabras. La arquitectura tampoco es percibida igual por todos. La cáscara esconde el fruto, lo protege, pero la fachada de un edificio debe ser también el fruto. Una puerta ingresa con nuestros ojos al espacio total. Las ciudades crecen hacia el cielo, algún día tal vez construyamos sobre el aire Venecias aéreas, me decías, riéndote. ¿Recuerdas? En principio, todo espacio es habitable. El hombre confirma a cada paso que construye una nueva caverna.

Revisé varias veces el 'cd' del libro que me enviaste y te escribo esta carta, que recoge de alguna manera lo que hemos conversado en años sobre arquitectura, un oficio, me dices, que nunca concluye por dominarse. Aquí ya no supongo, veo tu obra. La arquitectura se hace con la esperanza de sentar cada día a la belleza a la mesa.

No todos los edificios son iguales, ni las puertas abren su cerradura por la misma mano. Me he quedado con la magnífica presencia del paisaje de tu nueva ciudad y las edificaciones que aloja la naturaleza transparentemente, para modificarse a sí misma. Lo importante, Nacho, es diseñar, construir, ser audaz para ganarle la partida al futuro. Pides ciento cincuenta años para ejercer este oficio como el tiempo necesario para madurarlo, vivirlo, disfrutarlo, y desde luego enseñar lo ganado en la experiencia adquirida. Una casa, sin embargo, nunca será la misma; dependerá de quien la habite y le enseñe sus huellas y movimientos. En los gustos de cada persona, el modo de vida, está la manera más apropiada de poblar los espacios.

El tiempo se suma en favor de quien apuesta con su obra, se identifica con su proyecto, es protagonista dentro de su escenario y considera que el espacio es para levantar una construcción que nos brinde felicidad en la armonía de un nuevo espacio creado.

Las despedidas son como los aviones, se vuelan entre los dedos de un pasaje. No soy de los que dicen adiós, sino hasta pronto, y sólo pienso en la juventud renovada de las palabras. Sé que viajarás nuevamente algún día a Buenos Aires, una ciudad porteña, con estilo, adivinada en la palabra de sus poetas, en un bandoneón azul que la sueña y no dejará de ser tango, porque es Argentina. La arquitectura, después de todo, es más que una parte del paisaje.

Salúdame a Sandra, el mejor sueño de un arquitecto, tu catedral gótica que te inspira dentro de su espacio vital.

Tu amigo de siempre,

Tantash

La arquitectura en Panamá: Dos siglos.

Samuel Gutiérrez

Por construir la expresión más fiel de la época, el reflejo del tiempo que se vive, la arquitectura tiene una gran fuerza de testimonio, a veces tan fidedigno como irrecusable. Es como si fuera modelando a través del tiempo los perfiles exactos de toda una época. Actúa como un indicador o termómetro que señala las oscilaciones y cambios de la humanidad. Tanto es así, que cuando las vestiduras pétreas que el hombre se confecciona resultan demasiado estrechas para nuevos módulos, siempre en mutación, el raciocinio prevé otras vestimentas más amplias y a tono con el tiempo.

La historia de la arquitectura en Panamá, desde el período colonial hasta los últimos años de la vigésima centuria, ofrece una plástica de lo más heterogénea: edificios de cal y canto, casas de madera de influencia caribeña, mansardas, neoclasicismo, 'Art Déco', 'Art Nouveau', 'revivals', funcionalismo arquitectónico, hasta estilos postmodernos, de cuyo conjunto resulta un paisaje urbano rico, variado, propio y que le otorga una identidad a la Ciudad de Panamá.

En el período colonial se da una feliz síntesis y floración del esfuerzo urbanístico y arquitectónico que produjo la presencia de España en Panamá, en términos de una arquitectura civil, militar y religiosa que tiene su máxima expresión en los centros históricos de Panamá la Vieja, la nueva Panamá y Portobelo. Los dorados años del Canal francés ejercen un gran influjo en la ciudad y su arquitectura, que ven inflarse su población con la creciente marejada de nuevos inmigrantes. Este período deja su huella sobre la arena principal de la urbe o 'afrancesa' sectores como la antigua Plaza de la Independencia. Las mansardas y herrajes aparecen en forma similar a como se encuentran en la arquitectura de Nueva Orleans o en las otrora colonias francesas del Caribe.

En el año 1903 comienza un proceso de modernización y reestructuración, donde la nueva administración del Panamá Republicano emprende la tarea de construir edificios públicos para albergar las dependencias oficiales: escuelas y colegios, palacios de gobierno, teatros, hospitales y otras obras. Durante este período, el lenguaje neoclásico fue el suyo, el neoclasicismo tuvo un papel importante en la transformación de la cultura edilicia, al impulsar en las esferas oficiales los nuevos modelos 'europeizantes'. Se destaca en esa época la participación del arquitecto italiano Genaro Ruggieri, quien colaboró en la implantación de las nuevas tipologías edilicias.

Durante la construcción del Canal por los Estados Unidos de América, surge una ciudad paralela, donde vive la población norteamericana -Balboa y Ancón-. Allí se afianza una arquitectura 'tropical palafitista', que se inserta en una verdadera modalidad urbanística de ciudad jardín. Durante esos años se

ve también la floración de manifestaciones arquitectónicas y artísticas diversas. El 'Art Déco', el 'Art Nouveau', la persistencia de 'revivals' y de una arquitectura que era una copia de modelos españoles y de las comunidades del sur de Carolina. Por ello, el itinerario de nuestra arquitectura desde comienzos del presente siglo hasta nuestros días constituye un movimiento artístico de extraordinario valor. En esta ruta podemos encontrar una doble transición: la primera, de la arquitectura neoclásica a la moderna, y la segunda, de ésta a la arquitectura contemporánea.

En el lapso entre 1913 y 1930, la actividad de los arquitectos no solamente está dirigida al ejercicio de la profesión, sino también a una labor docente, como la de los arquitectos Leonardo Villanueva Meyer, Víctor Tejeira y Rogelio Navarro. Shay, quien en su taller contribuyó a la formación profesional en el campo de la arquitectura. El proceso de implantación de la arquitectura moderna se desarrolla en las décadas de los treinta y cuarenta. Ambos decenios aportaron avances extraordinarios en nuestra arquitectura. La primera década puede considerarse como la etapa de transición. La segunda abre el ciclo de la nueva arquitectura, bajo la influencia de la arquitectura racionalista o internacional.

El arquitecto Rogelio Navarro es el representante más caracterizado y un genuino precursor de esta arquitectura y de este período en Panamá. Fue el primero en hacer críticas al academicismo y a los obsoletos sistemas de construcción de la época. Al iniciarse la década de los cuarenta, nuevos arquitectos regresan a la patria después de culminar sus estudios, especialmente en universidades norteamericanas. Este grupo se ha formado dentro de los moldes de una clara sensibilidad lineal. Llega, imbuido de un racionalismo arquitectónico, a levantar la bandera de una nueva arquitectura, el estandarte de la arquitectura 'viva heroica'. Esta labor reformadora corresponde a los arquitectos Ricardo J. Bermúdez, Guillermo de Roux, Octavio Méndez Guardia y René Brenes.

De la vigorosa creación de estos arquitectos surgió, en el barrio El Cangrejo, la Ciudad Universitaria, la ciudad blanca y pura, esa especie de acrópolis panameña, blandamente reclí-



nada en su colina de verdor, con espacios y volúmenes regados y dispuestos alrededor de la topografía.

En la Avenida Central, el edificio de la Caja de Ahorros, del arquitecto Octavio Méndez Guardia, con su lenguaje de 'quebrados'; y como quien desdobra la topografía de El Cangrejo, en otra cornisa o ladera, el Hotel El Panamá, del arquitecto norteamericano Edward Stone, con su colmena de balcones tropicales, ahora despiadadamente tapizados con cristal. La década de los cincuenta ve plenamente consolidado el proceso de implantación de las vanguardias funcionalistas, gestión que, como hemos visto, se inicia durante el decenio de los treinta. Los años que transcurren entre los sesenta y los ochenta son ya otra cosa, continuidad del funcionalismo y diseminación de otras corrientes internacionales.

Al finalizar el siglo XX y producirse un vórtice de siglos y milenios, nuestra arquitectura experimenta un salto de calidad y con las posibilidades que ofrece la tecnología actual, ha evolucionado en el diseño, los métodos y la elección de materiales de construcción, lo que se refleja en una arquitectura de alta tecnología y refinamiento en el empleo de los volúmenes.

El resultado es un vocabulario arquitectónico en el que sobresale la forma llamativa, inusitada, plasmada en edificios que

parecen inimaginables, que dominan el paisaje urbano de un modo fulgurante, arrebatador y totalizado. Ciertamente, se trata de una arquitectura nova, poderosa corriente plasmada en el fin de 'siècle' y del milenio que ya ha entrado en su andadura histórica.

En cualquier forma, la arquitectura panameña actual parece hallarse en el umbral de una nueva era, y su calidad comienza a ser reconocida internacionalmente. La arquitectura moderna panameña tiene dos siglos, aunque su tradición hispana, francesa, norteamericana, se cruza y remonta en un tiempo mucho más antiguo. Mallol, como todo arquitecto de su tiempo, es heredero de esta mixtura, y evoluciona con su obra en la última década del siglo XX. Su arquitectura en el nuevo milenio se expresa en un lenguaje definido en una neomodernidad y una búsqueda constante de un estilo propio, condicionado a la maduración de su oficio. Lo nuevo está en un respeto del pasado, en ir un paso adelante de lo ya realizado, porque la arquitectura es esencialmente futuro. El siglo XXI ha marcado un nuevo rumbo a la ciudad de Panamá, convirtiéndola en uno de los lugares con mayor desarrollo arquitectónico y urbanístico en América. La arquitectura en Panamá ha asumido este reto de grandes transformaciones, siendo Mallol & Mallol una firma representativa en este escenario.



Evolución de la nueva arquitectura panameña, 1970-2007

Silvia Vega Esquivel

A inicios de los años setenta, la arquitectura internacional dejó de estar ceñida por el lenguaje moderno y pasó a ser posmoderna. El posmodernismo en boga designaba una recuperación de formas tradicionales y un lenguaje clásico en Europa y Estados Unidos, aun cuando en este último país había una tendencia a lo alegórico, por influencia del 'pop' de aquel momento histórico.

En Panamá no se presentan grandes cambios; sin embargo, el lenguaje arquitectónico moderno desencadenó poco a poco en la inercia de sus herederos y en la degradación de sus postulados. Ello llevó a la vulgarización de la forma arquitectónica que ya no encontraba cabida en el lenguaje universal de la estética técnica de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Ejemplos de esta aseveración son los edificios de la Caja de Ahorros, del arquitecto Octavio Méndez Guardia, y los primeros edificios de la Ciudad Universitaria, de la firma de arquitectos Guillermo de Roux, Ricardo Bermúdez y Octavio Méndez Guardia. A partir de la creación del Ministerio de Vivienda, en 1973, se presta una mayor atención a los proyectos de interés social, con la política de reemplazar las viejas casas de madera de la época de la construcción del Canal, a través del programa Renovación Urbana, en los populosos corregimientos de Santa Ana, El Chorrillo, San Miguel y Curundú. Un programa muy ajeno a la idea de una arquitectura que buscara la armonía en los espacios y proporción en los volúmenes, y más aun, la estética.

En términos urbanísticos, los últimos treinta años del siglo XX determinan una tendencia de crecimiento totalmente anárquica y comprometida con intereses privados. Sin embargo, a finales de los años noventa se intenta cambiar esa imagen, al establecerse nuevos planes reguladores de desarrollo, tanto de las áreas en torno al Canal de Panamá, como en las zonas metropolitanas capitalinas. La década de los setenta constituye para la práctica arquitectónica panameña una maduración del lenguaje de los techos, la planta elevada sobre pilotes y la ventana corrida. Los 'brise-soleil' fueron pasando, poco a poco, de un concepto técnico estético muy apto para nuestro clima tropical, a convertirse en una adición innecesaria dentro del programa arquitectónico. En un sentido amplio, continúa una arquitectura de lenguaje racionalista que ha dejado obras en la imagen urbana, como el Edificio de la Lotería, de los arquitectos Luis Carlos Barrow y José N. Burgos, entre las avenidas Cuba y Perú; el Edificio Comasa, del arquitecto Virgilio Sosa, en el área bancaria; el antiguo Hotel Holiday Inn, del arquitecto Bernardo Cárdenas, en Punta Paitilla, y el Edificio del Pacífico, actualmente Torre Universal, del arquitecto Richard Holzer, en la avenida Federico Boyd; así como

la Policlínica del Seguro Social, del arquitecto Jaime Yau, y el Hospital Paitilla, del arquitecto Virgilio Sosa.

Hay otros edificios interesantes de esos años como el Edificio Elege, del arquitecto Marcelo Narbona; el Edificio Santa Fé, del arquitecto Edwin Brown y el Hotel Ejecutivo, del arquitecto Humberto Morán. La década de los ochenta puede considerarse como la de menor auge arquitectónico, en comparación con las otras dos de ese período de fin del siglo XX.

Las áreas de mayor desarrollo correspondieron al sector de vivienda, representado en edificios de apartamentos y del comercio, con la creación de una gran cantidad y variedad de centros comerciales y edificios de oficinas, que se levantaron hacia los sectores de El Dorado, Punta Paitilla y San Francisco. Edificios como el Mirador Marino, del arquitecto Carlos Clement, de 1985, representan la modalidad de los edificios construidos mayormente en Paitilla y en Marbella. El centro comercial Plaza California, del arquitecto Richard Holzer, de 1983, y el centro comercial de Plaza Balboa, del arquitecto Edwin Brown, de 1989, son otros ejemplos de este período. En él surgen propuestas arquitectónicas diferentes, como las de la firma integrada por Ignacio Mallol y Erik Wolfschoon, que comienza a distinguirse en el contexto urbano de la ciudad con proyectos como la residencia del arquitecto Mallol, 'Le Cube Mallol', en La Alameda. Dicho proyecto integra dos cubos independientes en el espacio y crea un diálogo estrecho entre la geometría de los volúmenes y la naturaleza del parque colindante, que se percibe a través de los paneles de vidrio de doble altura en la planta baja y el primer alto.

También son representativos de esos años otros proyectos, como el Banco General de Punta Paitilla, de 1983, y el Edificio Plaza San Marcos, en La Alameda, de 1985, que en su momento marcaron la expresión suelta y arriesgada en el tratamiento de la fachada de los edificios de la ciudad. El Banco General de Punta Paitilla es un edificio manejado con una volumetría expresada. Asimismo, el edificio Plaza San Marcos, ubicado en La Alameda, tiene un planteamiento que enfoca la visión de la arquitectura formalista propia de los años ochenta, con un juego de vigas y columnas expuesto, combinado con un aire 'neoplasticista' de la década de los veinte, debido a las arti-